

## El lector como misterio

Robert Darnton

*Este ensayo se publicó originalmente en la revista Journal of French Studies (No. 23, 1986), y figura de modo más accesible en la colección de ensayos The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History. Robert Darnton nació en los Estados Unidos en 1939. Inició su carrera como reportero policial de The Newark Star Ledger y de The New York Times, diario en el que su hermano John trabajaba a la sazón como periodista. A esa época pertenecen sus primeros artículos sobre la historia del libro y la ideología de la Revolución Francesa. De esos años datan también las dos pasiones que lo acompañarán en el futuro: la historia cultural de ile-trados y pobres, y su amor de toda la vida por la Francia del siglo XVIII.*

*Hacia mediados de los años setenta Darnton publicó «Writting News and Telling Stories», una pieza que ganó renombre y sitio en las antologías de los clásicos contemporáneos del ensayo en lengua inglesa. Una de sus ideas centrales es sencillamente fascinante: las nuevas de todos los días son repeticiones cíclicas de antiguos argumentos literarios que fueron en otro tiempo noticias que ahora nos devuelve la pluma de un escritor como un argumento literario que mañana será noticia... A manera de ejemplo, Darnton evoca un episodio que narra con extrañas variaciones la misma tragedia: «Una historia recurrente es el caso de los padres que en un extravío de la identidad asesinan a su propio hijo. Se publicó por primera vez en una rudimentaria hoja parisina de noticias en 1618. Luego cruzó por innumerables reencarnaciones: apareció en Toulouse en 1848, en Angôuleme en 1881, y finalmente en un periódico argelino moderno del que la rescató Albert Camus para reescribirla con un estilo existencialista para L'etranger y Malentendu. Aunque los nombres, las fechas y los lugares varían, la forma del cuento es inequívocamente la misma en el curso de tres siglos».*

*Darnton se educó como historiador en las universidades de Harvard y de Oxford; actualmente es titular de la cátedra «Shelby Cullom Davis» de Historia Moderna de Europa en la Universidad de Princeton. Como Praz y Bajtin, como Gay y Huizinga, como Burke o Shattuck, Darnton figura entre los eruditos universitarios que logró salir de la botella porque supo dar con el tono de charla y la vena narrativa que han permitido que su obra interese y divierta y capture a lectores ajenos al mundo académico. Una autoridad en historia cultural de Europa del siglo XVIII, Darnton ha publicado también Mesmerism and the End of the Enlightenment (Schoken Books, 1968); The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800 (Cambridge, Mass., 1979); The Literary Underground of the Old Regime (Harvard University Press, 1982); La gran matanza de los gatos y otros episodios de historia cultural francesa (México, Fondo de Cultura Económica, traducción de Carlos*

Valdés, 1987). En colaboración con Daniel Roche preparó la edición de *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1880* (1990). Su libro más reciente es *Berlin Journal, 1989-1990* (Norton, 1991).

Ovidio nos aconseja cómo leer una carta de amor: «Si tu enamorado se vale de un sirviente fiel para hacerte insinuaciones por medio de recados inscritos sobre tablillas, sopesa con cautela sus palabras, reflexiona en cada frase, procura adivinar si con hermosas expresiones finge sentimientos o si sus ruegos provienen de un corazón lacerado por un amor sincero». El poeta romano podría ser cualquiera de nosotros. Ovidio habla sobre un dilema en el que nos podemos ver a cualquier edad, que existe con vida propia más allá de las fronteras del tiempo. Al leer sobre la lectura en *El arte de amar* se tiene la sensación como de escuchar una voz que remonta una distancia de dos mil años para dirigirse directamente a nosotros.

Pero mientras más escuchamos esa voz, más extraña resuena la sonoridad de su timbre. Ovidio a continuación prescribe, en *El arte de amar*, cómo arreglarse con maña para tratar con el amante a espaldas del marido:

Está en consonancia con la moral y la jurisprudencia que una mujer virtuosa debe temer a su marido y permanecer vigilada por una escolta severa...

Pero aunque tus guardias tuviesen la vista de lince de los ojos de Argos, si lo deseas de modo ferviente te será fácil engañarlos. Por ejemplo, ¿quién puede impedir que tu sirviente y cómplice oculte tus misivas en su corpiño o entre la planta del pie y la suela de la sandalia?

Supongamos que la guardia es tan sagaz como para barruntar este tipo de ardid. Entonces pide a tu confidente que te ofrezca su espalda para sustituir las tablillas y convierte su cuerpo en una carta viviente.

Se sobrentiende que la prenda amada desviste a la dócil esclava de su amante para leer el mensaje que porta su cuerpo —un estilo de comunicación por carta en cierto modo distante del de nuestros días. A pesar de ese falso dejo de obra intemporal, *El arte de amar* nos transporta a un mundo que apenas nos es dable imaginar. Para mejor comprenderlo es imprescindible al menos cierta familiaridad con la mitología romana, las técnicas de composición por escrito, la vida cotidiana del imperio. Se requiere un poco de imaginación para ponerse en el lugar de la esposa de un patricio romano, y para saber apreciar el contraste entre la moral y las maneras convencionales de una sociedad entregada a la vida mundana y al cinismo, precisamente en una época en la que se predicaba el Sermón de la Montañaña, en lengua bárbara y lejos del alcance de los oídos romanos.

Leer a Ovidio nos enfrenta con el misterio de la lectura. Aunque leer es un acto a la vez natural y extraño que compartimos con nuestros antepasados, nuestras experiencias de lectura ni siquiera asemejan a las suyas como lectores. Podemos disfrutar la ilusión de viajar en el tiempo para establecer contacto con autores que vivieron hace tres siglos. Pero aun suponiendo que los textos que hoy leemos como antiguos se han mantenido inalterados —lo que se antoja virtualmente imposible debido a los cambios en la forma de preservar los libros como objetos meramente físicos—, nuestra relación con esos textos difícilmente equipara a la que tuvieron con esas obras los lectores del pasado. La lectura, en suma, también tiene una historia. ¿Cómo podemos recobrarla?

Podríamos empezar por examinar los testimonios de los propios lectores. En *El queso y los gusanos*, Carlo Ginzburg encontró uno, de un humilde molinero de la Friulia del siglo XVIII, entre los documentos de la Inquisición. Para reunir pruebas sobre el cargo de herejía, el inquisidor interrogó a su víctima sobre sus lecturas. Menocchio respondió con una retahíla de títulos y de comentarios detallados sobre cada libro leído. Al comparar los textos con las interpretaciones, Ginzburg descubrió que Menocchio había devorado una cantidad inmensa de relatos bíblicos, de crónicas, de libros de viajes, un acervo propio de la biblioteca de un patricio. Menocchio no era un simple destinatario del tipo habitual de mensajes que un orden social transmite de arriba abajo. No sólo había leído de modo compulsivo, sino que había modificado los contenidos de los textos a su alcance y con esas lecturas había edificado una concepción del mundo radicalmente distante de la visión cristiana de la vida. Si esa idea del mundo se remonta o no hasta las antiguas tradiciones populares, como Ginzburg afirma, es tema de otro debate; pero Ginzburg demostró, sin dejar lugar a duda, que es plausible estudiar la lectura como se estudia cualquier otro quehacer de la gente común y corriente que vivió hace cuatro siglos.

En el curso de mis propias investigaciones sobre la Francia del siglo XVIII tropecé con un testimonio sistemático de un lector de clase media. Se trataba de un comerciante de La Rochelle, de nombre Jean Ranson, lector apasionado e incondicional de Rousseau. Ranson no sólo leía con fruición a Rousseau sino que lloraba de emoción a cada página; a decir verdad, Ranson incorporó las ideas de Rousseau a cada acto decisivo de la trama de su vida: al establecerse como comerciante, al enamorarse, al contraer matrimonio y durante la crianza de sus hijos. Lectura y vida corren de la mano con motivos recurrentes en una caudalosa serie de cartas que Ranson escribió entre 1774 y 1785, y que confirma que las ideas de Rousseau fueron asimiladas profundamente al modo de vida de la burguesía de la provincia francesa en los años del Antiguo Régimen. Tras la publicación de *La nueva Eloísa*, Rousseau recibió una cantidad abrumadora de cartas de tono parecido a las que Ranson escribió. Ésa fue, creo, la primera marejada de cartas de admiradores en de la historia

de la literatura, aunque es cierto que Richardson había levantado algunas olas en Inglaterra. Esas cartas revelan que los lectores de toda Francia respondieron como respondió Ranson y, además, que sus respuestas coincidieron con las reacciones que Rousseau procuró deliberadamente inculcar en sus lectores con los dos prefacios de su novela. Rousseau educó a su público en cómo debería leerlo. A sus lectores les asignó papeles y les ofreció una estrategia de lectura para someterse a su novela. Esta novedosa manera de leer funcionó tan impecablemente que *La nueva Eloísa* se convirtió en el gran *best-seller* del siglo, en la fuente más importante de la sensibilidad romántica. Esa sensibilidad se ha extinguido en la actualidad. Ningún lector moderno recorrería los seis volúmenes de *La nueva Eloísa* con el alma en vilo y hecho un mar de lágrimas. Pero en su momento culminante Rousseau cautivó a generaciones enteras de lectores al provocar una revolución en el acto quieto de leer.

Los ejemplos de Menocchio y de Ranson son un indicio de que leer y vivir, componer una página y darle significado a la vida, estaban vinculados de modo más íntimo en los orígenes de la historia moderna que en nuestros días. Pero antes de extraer conclusiones es necesario explorar con calma más archivos, comparar las descripciones de los lectores sobre sus experiencias de lectura con las anotaciones al margen en sus ejemplares y, cuando sea posible, con su propio comportamiento. Era un lugar común decir que *Los sufrimientos del joven Werther* desencadenó en Alemania una oleada de suicidios. ¿No ha llegado el momento para hacer un nuevo repaso sobre esta «fiebre wertheriana»? Los prerrafaelistas propiciaron en Inglaterra resoluciones análogas al pregonar la doctrina de que la vida imita al arte, un tema que es posible perseguir desde *Don Quijote hasta Madame Bovary* y *Miss Lonelyhearts*. Al examinar caso por caso, la leyenda podría ganar en solidez si se le coteja con documentos: registros auténticos de los suicidios, diarios, cartas a los editores de las obras. La correspondencia de los escritores y los documentos de los editores son fuentes insuperables de información sobre los lectores reales. Hay docenas de cartas de lectores en la correspondencia publicada de Voltaire y de Rousseau y entre los documentos inéditos de Balzac y de Zola.

En suma, tendría que ser posible elaborar tanto una historia como una teoría sobre la respuesta del lector a una obra. Posible, pero en modo alguno sencillo; los documentos sólo muy rara vez revelan al lector en el acto mismo de leer, es decir, en el instante en que atribuye significados con inspiración en los textos, amén de que los documentos son a su vez textos que además requieren de interpretación. Muy pocos de esos documentos son suficientemente ricos como para proporcionarnos al menos acceso indirecto a los elementos cognoscitivos y emocionales de la lectura, y unos cuantos casos excepcionales podrían resultar insuficientes para reconstruir las dimensiones íntimas de esa experiencia. Pero los historiadores del libro ya han desenterrado una cantidad considerable de información sobre la historia exterior de la

lectura. Una vez estudiada como fenómeno social, los historiadores podrán contestar a muchas de las preguntas esenciales: «quién», «qué», «dónde» y «cuándo», respuestas de inestimable utilidad al intentar contestar las preguntas realmente complejas «por qué» y «cómo».

Los estudios sobre quién lee qué libros en diferentes épocas suelen pertenecer a uno de dos enfoques principales: el macro y el microanalítico. El macroanálisis ha reverdecido particularmente en Francia, en donde esta escuela se nutre en una vigorosa tradición de historia social cuantitativa. Henri-Jean Martin, François Furet, Robert Estivals y Frédéric Barbier han rastreado la evolución de los hábitos de lectura desde el siglo XVI hasta el presente, valiéndose de series estadísticas de largo plazo elaboradas a partir del *dépôt légal*, de registros de los permisos de edición y de la publicación anual de la *Bibliographie de la France*. Un historiador puede advertir en las ondulaciones de estas gráficas muchos fenómenos deslumbrantes que cundieron como epidemia entre el público educado durante los años que van de Voltaire a Bougainville: la decadencia del latín, el auge de la novela, la fascinación general por el mundo cercano de la naturaleza y por los mundos distantes de los países exóticos. Los alemanes han elaborado series estadísticas de mayor alcance gracias a fuentes de información particularmente ricas: los catálogos de las ferias del libro de Frankfurt y Leipzig, que abarcan de la mitad del siglo XVI a mediados del siglo XIX. (El catálogo de la Feria de Frankfurt se publicó ininterrumpidamente de 1564 a 1749, y el catálogo de Leipzig, que data de 1594, se puede sustituir para el periodo posterior a 1797 por el *Hinrichssche Verzeichnisse*.) Aunque los catálogos tienen sus desventajas, proporcionan un índice aproximado sobre la lectura en Alemania desde el Renacimiento; y esas fuentes de información abundantes han sido explotadas por una sucesión de historiadores alemanes del libro desde que Johann Goldfriedrich publicó, entre 1908 y 1909, su monumental obra *Geschichte des deutschen Buchhandels*. El mundo de la lectura en lengua inglesa no dispone de parejas fuentes de información; pero para el periodo posterior a 1557, cuando Londres empezó a dominar la industria editorial, los documentos de la London Stationers' Company han abastecido a H.S. Bennett, W.W. Greg y otros historiadores con suficiente material como para trazar la evolución del comercio del libro en lengua inglesa. Aunque la tradición bibliográfica británica no ha favorecido la compilación de estadísticas, hay una gran cantidad de información cuantitativa en los catálogos de las ventas al descubierto que se remontan a 1475. Giles Barber ha trazado algunas gráficas al estilo francés de las cifras de los registros de derechos aduanales, y Robert Winans y G. Thomas Tanselle se han formado una opinión de la etapa inicial de la lectura en Estados Unidos mediante una reelaboración de la inmensa *American Bibliography*, preparada por Charles Evans (dieciocho mil entradas para el periodo de 1638 a 1783, entre las que se incluyen, desafortu-

nadamente, una cantidad indeterminada de «libros fantasmas»).

Todo este trajín para compilar y computar datos ha servido al menos para obtener algunas pautas sobre los hábitos de lectura, pero a veces se nos proponen conclusiones tan generales que difícilmente convencen. La novela, como la burguesía, daría la impresión de ir siempre en ascenso, a su vez, las gráficas caen en picada justo en los puntos previsibles —muy notablemente en el caso de la Feria del Libro de Leipzig en el curso de la Guerra de los Treinta Años, y en Francia durante los años de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los historiadores cuantitativos clasifican sus datos estadísticos en categorías tan imprecisas como «artes y ciencias» y «*belles-lettres*», que terminan por ser deficientes para identificar fenómenos particulares como el Debate sobre la Sucesión, el Jansenismo, la Ilustración o el Renacimiento Gótico —esto es, los temas que mayor atención han despertado entre los historiadores culturales y los eruditos literarios. La historia cuantitativa del libro tendrá que depurar sus categorías y precisar sus enfoques antes de gozar de mayor ascendente, como seguramente tendrá, entre las corrientes académicas tradicionales.

A pesar de sus aciertos, los historiadores cuantitativos han descuidado algunos esquemas estadísticos significativos, y estoy seguro de que sus hallazgos serían aún más impresionantes si fuesen algo más que un empeño por hacer comparaciones entre un país y otro. Por ejemplo, las estadísticas son un indicio de que el renacimiento cultural de Alemania en las postrimerías del siglo XVIII tiene alguna suerte de relación con esa epidémica fiebre de lectura denominada comúnmente *Lesewut* o *Lesesucht*. El catálogo de Leipzig no alcanzó sino hasta 1794 el nivel que había fijado antes de la Guerra de los Treinta Años, cuando concluyó 1 200 títulos de libros recientemente publicados. Con la efervescencia del *Sturm und Drang*, el catálogo se elevó a 1 600 títulos en 1770; luego a 2 600 en 1780 y a 5 000 en 1800. Los franceses siguieron un esquema diferente. La producción del libro creció de modo estable durante un siglo después de la paz de Westphalia (1648): un siglo de gran literatura, desde Corneille hasta la *Encyclopédie*, que coincidió con la decadencia de Alemania. Pero durante los cincuenta años siguientes, cuando las figuras prominentes de Alemania alcanzaron la cumbre de su talento, el crecimiento francés luce relativamente modesto. Según Robert Estivals los permisos de edición para publicar nueve libros (*privilèges* y *permissions tacites*) montaron a 729 en 1764, a 896 en 1770, y a sólo 527 en 1780; los nuevos títulos propuestos al *dépôt légal* en 1780 sumaron 700. Sin duda, diferentes tipos de documentos y criterios disímiles de medida pueden arrojar diferentes resultados, amén de que las fuentes oficiales excluyen la enorme producción ilegal de libros franceses. Pero cualesquiera que sean sus deficiencias, las cifras indican un gran salto adelante en la vida literaria alemana después de un siglo de preponderancia francesa. Alemania tenía también más escritores, aunque

la población de las áreas franco y germano parlantes era casi la misma. Un almanaque literario alemán, *Das gelehrte Teutschland* enlistó 3 000 escritores vivos en 1772 y 4 300 en 1776. Una publicación francesa equiparable, *La France littéraire*, incluía a 1 187 autores en 1757 y a 2 367 en 1769. Mientras que Voltaire y Rousseau se internaban en la vejez, Goethe y Schiller alcanzaron la cresta de una ola de creatividad literaria mucho más fértil de lo que cabe imaginar si uno se atiene exclusivamente a las historias convencionales de la literatura.

La minuciosa comparación de estadísticas suele ser muy útil para trazar un mapa de corrientes culturales. Luego de tabular los permisos de edición de libros en el curso del siglo XVIII, François Furet confirmó una acentuada debilidad de las antiguas ramas del saber, particularmente las humanidades y la literatura clásica latina, dominios del conocimiento que según las estadísticas de Henri-Jean Martin habían reverdecido durante el siglo XVII. Después de 1750 es notable el predominio de géneros novedosos como los clasificados bajo el rubro de «Arts and Sciences». Al examinar los archivos notariales parisinos, Daniel Roche y Michel Marion se percataron de una tendencia análoga. Novelas, libros de viajes y obras de historia natural tienden a arrumbar a los clásicos en las bibliotecas de los aristócratas y de la burguesía acomodada. Todos los estudios reparan en el declive significativo de la literatura religiosa durante el siglo XVIII. Estos estudios confirman los hallazgos de la investigación cuantitativa en otros dominios de la historia social: el de Michele Vovelle sobre ritos funerarios, por ejemplo, y la investigación de Dominique Julia sobre órdenes religiosos y prácticas de enseñanza.

Los panoramas temáticos de la lectura alemana son un adecuado complemento de sus pares sobre la literatura francesa. En los catálogos de las ferias del libro de Leipzig y de Frankfurt, Rudolf Jentsch y Albert Ward comprobaron un pronunciado declive de los clásicos latinos, inversamente proporcional al aumento de las novelas. Hacia finales del siglo XIX, según Eduard Reyer y Rudolf Schenda, los patrones estadísticos de préstamo de libros en las bibliotecas alemanas, inglesas y norteamericanas exhibían pautas de descenso increíblemente similares: 70 u 80% de los libros provenían de la categoría literatura ligera (en su mayoría novelas); 10% pertenecían a géneros como la historia, la biografía y los libros de viajes, y menos del 1% pudo ser clasificado como obras sobre religión. En poco más de doscientos años, el mundo de la lectura se transformó por completo. El auge de la novela habría compensado el declive de la literatura religiosa, y en el caso de casi todos los géneros fue posible situar el momento de ruptura hacia la segunda mitad del siglo XVIII, particularmente en la década de 1770, durante los años de la fiebre wertheriana. En Alemania se le brindó a *Werther* una recepción aún más apoteósica de la que se ofreció en Francia a *La nueva Eloísa* y a *Pamela* en Inglaterra. El éxito arrollador de las tres novelas confirmó el triunfo de una nueva sensibilidad

literaria; las líneas finales de *Werther* darían la impresión de proclamar el advenimiento de un nuevo público lector y la extinción de la cultura cristiana tradicional: «Unos jornaleros cargaron con la caja. No le acompañó ningún clérigo».

De modo que a pesar de su diversidad y de sus contradicciones ocasionales, los estudios macroanalíticos permiten vislumbrar algunas conclusiones de carácter general, de algún modo afines a la noción de Max Weber sobre la «desmistificación del mundo». Este concepto, sin embargo, podría parecer demasiado vasto como para servir de consuelo. Los amantes de la precisión preferirían el microanálisis, aunque por lo regular este enfoque linda con el extremo opuesto: exceso de detalles. Un ejemplo: están a nuestra disposición cientos de listados de títulos de los libros que se han conservado en bibliotecas desde la Edad Media hasta nuestros días, tantos que nadie podría siquiera abrigar la esperanza de leerlos. A pesar de estas relaciones abrumadoras de títulos, una mayoría de historiadores coincidiría en que el catálogo de una biblioteca privada es útil como perfil de un lector, aunque todos sepamos que jamás leemos todos los libros que tenemos y, de otra parte, que en efecto leemos muchos libros que no nos pertenecen. Examinar el catálogo de la biblioteca de Monticello es como pasar revista a los pertrechos intelectuales de Jefferson. Por añadidura, el estudio de las bibliotecas particulares ofrece la ventaja de vincular el «qué» con el «quién» de la lectura.

También en este terreno los franceses han tomado la delantera. En un ensayo ya clásico publicado en 1910, «Les Enseignements des bibliothèques privées», Daniel Mornet examinó los catálogos de las bibliotecas y llegó a conclusiones que ponen en tela de juicio algunos de los más célebres lugares comunes de la historia literaria. Después de tabular títulos de libros provenientes de quinientos catálogos del siglo XVIII, Mornet encontró un solo ejemplar de la obra que habría de convertirse en la biblia de la Revolución Francesa, *El contrato social* de Rousseau. Las bibliotecas no sólo están abarrotadas de libros de autores totalmente olvidados, sino que esos volúmenes no ofrecen ningún tipo de fundamento coherente como para relacionar ciertos tipos de lectura (la obra de los filósofos, por ejemplo) con lectores de una clase social (la burguesía). Setenta años y varias refutaciones después, la obra de Mornet conserva su antiguo esplendor. A su sombra ha crecido por cierto una vasta literatura. Ahora disponemos de estadísticas sobre las bibliotecas de los aristócratas, los magistrados, los curas, los miembros de la academia, los comerciantes en pequeño, los artesanos e incluso un puñado de sirvientes domésticos. Los académicos franceses han estudiado las lecturas de diferentes estratos sociales en ciudades determinadas —el Caen de Jean-Claude Perrot, el París de Michel Marion— y a lo largo y a lo ancho de regiones enteras —la Normandía de Jean Quéniart, el Languedoc de Madeleine Ventre. En su mayoría, los estudios se fían de los inventaires *après décès*, registros notariales de los libros que formaban parte de los caudales de un difunto. De manera que

adolecen de los prejuicios propios de este tipo de documentos, en general proclives a desatender los libros de escaso valor comercial, o que suelen conformarse con enunciados tan imprecisos como «una pila de libros». Pero el ojo del notario francés supo apreciar una enormidad de detalles, más de los que acertó a pescar la mirada de los notarios alemanes; Rudolph Schenda estima que los inventarios de Alemania son lamentablemente pobres como orientación de los hábitos de lectura de la gente común y corriente. El estudio alemán más concienzudo es probablemente el panorama de inventarios de las postrimerías del siglo XVIII en Frankfurt am Main, elaborado por Walter Wittermann. Esta obra revela que eran dueños de libros el 100% de los altos funcionarios, 51% de los comerciantes, 35% de los maestros artesanos y 26% de los oficiales. Daniel Roche estableció una distribución porcentual similar entre la gente común y corriente de París: eran dueños de libros sólo 35% de los obreros asalariados y de los sirvientes domésticos que aparecen en los archivos notariales de la década de 1780. Pero Roche también descubrió muchos otros indicios de familiaridad con la palabra escrita. En el año emblemático de 1789 casi la totalidad de los sirvientes domésticos podía rubricar su nombre en los inventarios. Una cantidad apreciable de escritorios propios, completamente equipados con utensilios de escritura y atestados de documentos familiares. La mayoría de los tenderos y de los almacenistas pasaron en la escuela varios años de su infancia. Antes de 1789 ya había en París quinientas escuelas primarias, una por cada mil habitantes, en su mayoría gratuitas. Los parisinos eran lectores, concluye Roche, pero no leían los libros enlistados en los inventarios. Su sed de lectura se nutría con populibros, hojas sueltas, avisos, cartas personales, e incluso con las señales de tránsito de las calles. Los parisinos leían para encontrar su camino a través de la ciudad y de su vida, pero sus modos de leer no dejaron suficientes pistas en los archivos como para que el historiador pudiera pisarles de cerca los talones.

En consecuencia, el historiador debe buscar otros surtidores de información. Las listas de suscriptores han sido una de las fuentes favoritas, pero tienen la desventaja de incluir únicamente a los lectores de mayores recursos. Entre fines del siglo XVII y principios del XIX se publicaron en Inglaterra muchos libros por suscripción, que además contienen las respectivas listas de suscriptores. Los investigadores adscritos al proyecto de Newcastle (Tyne) para la elaboración de una Bibliografía Histórica se han servido de esos listados para elaborar una sociología histórica de los lectores. Esfuerzos similares se llevan a cabo en Alemania, particularmente entre académicos de Klopstock y Wieland. Quizá se editó por suscripción una sexta parte de los libros publicados en Alemania entre 1770 y 1810, periodo en que esta práctica editorial alcanzó su punto culminante. Pero incluso durante su Blütezeit, las listas de suscriptores no permiten vislumbrar un panorama preciso de los lectores. Esos listados prescindieron de los nombres de muchos suscriptores, incluye-

ron otros que no eran lectores sino mecenas, y en términos generales representan mejor el arte y maña de vender libros que urdió un puñado de empresarios que los hábitos de lectura de un público educado, según reza a la letra la crítica devastadora que ha hecho Reinhard Wittmann sobre las investigaciones sustentadas en las listas de suscriptores. La obra de Wallace Kirsop sugiere que una investigación de esa naturaleza podría ser más provechosa en Francia, dado que la edición por suscripción gozó del favor del público lector en las postrimerías del siglo XVIII. Pero las listas francesas, como las otras, favorecen en términos generales a los lectores de mayores recursos y a los libros de carácter decorativo.

Los registros de préstamo bibliotecario a domicilio son una opción más adecuada para establecer relaciones entre géneros literarios y clases sociales, pero sólo se conservan unos cuantos. Las solicitudes de préstamo de la biblioteca ducal de Wolfenbüttel, que abarcan desde 1666 a 1928, son realmente extraordinarias. En opinión de Wolfgang Milde, Paul Raabe y John McCarthy esos registros serían prueba de una significativa «democratización» de la lectura en la década de 1760: se duplicó el número de libros solicitados en préstamo; los prestatarios provenían de estratos sociales inferiores (entre los que se encontraban conserjes, criados de librea y oficiales de menor rango del ejército); y los temas favoritos de lectura tendieron a ser más ligeros, cambiando los tópicos doctos por las novelas sentimentales (las imitaciones de *Robinson Crusoe* fueron particularmente bien recibidas). Curiosamente, los registros de la Bibliothéque du Roi, en París muestran que conservó durante ese mismo periodo su número habitual de usuarios, alrededor de cincuenta al año, incluido uno de nombre Denis Diderot. Los parisinos no podían llevarse los libros a casa, pero a cambio disfrutaban de la hospitalidad de una época más pausada. Aunque el bibliotecario abría sus puertas sólo dos mañanas a la semana, les servía opíparos banquetes antes de regresarlos a casa. Actualmente han cambiado mucho las condiciones en la Bibliothéque Nationale. Sus bibliotecarios han tenido que resignarse a una ley básica de la economía: no hay almuerzo gratuito.

Los historiadores microanalistas han dado con muchos otros hallazgos — tantos, a decir verdad, que terminaron por topár con el mismo problema que sus colegas macrocuantitativos: ¿cómo dar una orden a todos esos materiales? La disparidad de la documentación —catálogos de subastas, archivos notariales, listas de suscriptores, registros bibliotecarios— en modo alguno facilita la tarea. Si los historiadores sacan diferentes conclusiones es en parte debido a las peculiaridades de las fuentes, más que a las preferencias de los lectores. Y a menudo las monografías se excluyen mutuamente: en una investigación resulta que los artesanos son un grupo social educado, y en otra se les tilda de analfabetos; según un autor los libros de viajes gozan de una inmensa popularidad entre ciertos grupos sociales de una región determinada, y

en opinión de otro resulta que el mismo género apenas tiene lectores en otras zonas. Un cotejo sistemático de géneros, mundos circundantes, época y región daría la impresión de ser una conspiración orquestada precisamente para encontrar las excepciones que refutan todas las reglas.

Un solo historiador del libro, al menos hasta ahora, ha sido lo suficientemente audaz como para proponer un modelo general de análisis. Rolf Engelsing pretende que a finales del siglo XVIII se verificó «una revolución de la lectura» (*Leserevolution*). Desde la Edad Media y hasta poco después de 1750, según Engelsing, los hombres leían «intensivamente». Disponían de unos cuantos libros —*la Biblia*, un almanaque, un par de obras pías— pero las leían una y otra vez, habitualmente en voz alta y en grupo, de modo que grabaron de manera profunda en su conciencia un breve repertorio de literatura tradicional. Hacia 1800, los hombres habrían empezado a leer «extensivamente». Leían cualquier clase de material impreso, en especial publicaciones periódicas y diarios, pero los leían una sola vez, antes de irse de bruces sobre la siguiente novedad. Engelsing no ofrece suficientes testimonios como para apuntalar con solidez esta hipótesis. A decir verdad, la mayor parte de su investigación se atiene únicamente a una pequeña muestra de *burghers* (pequeños comerciantes) de Bremen. Pero su enfoque tiene esa seductora sencillez de las teorías que delimitan *un antes de* y un *después de*, y entrega una fórmula práctica para cotejar modos de leer tanto en los orígenes como en las postrimerías de la historia europea. En mi opinión, su mayor debilidad reside precisamente en que no es una concepción lineal. La lectura no avanza en un curso de dirección única, es decir, de una forma intensiva a otra extensiva. Creo sencillamente que se lee de manera diferente entre diversos grupos sociales y en diferente épocas. Hombres y mujeres han leído para salvar su alma, para educar sus modales y maneras, para reparar máquinas, para cortejar a un ser querido, para enterarse de los sucesos de actualidad y también por pura diversión. En muchos casos, pero sobre todo en el caso particular de los lectores de Richardson, de Rousseau, de Goethe, la atención se concentró con intensidad en un puñado de autores, en lugar de dispersarse. Pero no estoy convencido de que el fin del siglo XVIII representa un momento de ruptura, una época en la que se pusieron al alcance de amplios públicos muchos géneros de impresos, y en la que se advierte el surgimiento de una comunidad masiva de lectores que habría de adquirir proporciones gigantescas en el siglo XIX con la industria del papel fabricado a máquina, las prensas impulsadas a vapor, el linotipo y una alfabetización casi universal. Todas estas transformaciones abrieron nuevos horizontes, pero no mediante la disminución de la intensidad en la lectura, sino mediante la multiplicación del surtido.

Debo confesar que la propia concepción de una «revolución de la lectura» me inspira cierto escepticismo. Y sin embargo, un historiador estadounidense del libro, David Hall, explica en términos casi idénticos a los de Engelsing la

transformación en los hábitos de lectura en Nueva Inglaterra entre 1600 y 1850. Antes del año 1800, los lectores de Nueva Inglaterra se nutrían de una breve y venerable colección de «libros de venta segura» —*la Biblia*, los almanaques, el *New England Primer*, *Rise and Progress of Religion* de Phillip Doddridge, *Call to the Unconverted* de Richard Baxter—, que leían una y otra vez, en voz alta y en grupo, con excepcional intensidad. Después de 1800, Nueva Inglaterra recibió un verdadero aluvión de lecturas novedosas —novelas, periódicos, inocentes y risueñas variedades de literatura infantil—, y los lectores devoraron todos los géneros, desechando una lectura tan pronto como les caía en las manos otra. Aunque ni Hill ni Engelsing jamás han oído hablar uno del otro, ambos dieron con una pauta general semejante en latitudes muy distantes del mundo occidental. Tal vez es cierto que se verificó un cambio fundamental en la naturaleza de la lectura hacia finales del siglo XVIII. Quizá no se trató propiamente de una revolución, pero acaso fue un signo del fin del Antiguo Régimen —el reinado de Thomas à Kempis, Johann Arndt y John Bunyan.

El «dónde» de la lectura es mucho más importante de lo que parece a primera vista, porque saber situar al lector en su escenario suele proporcionar indicios acerca de la naturaleza de su experiencia de lectura. En la Universidad de Leyden hay un grabado, fechado en 1610, que ilustra la biblioteca de la universidad. Ese grabado representa libros, innumerables volúmenes de abultados infolios, formados en altas estanterías que sobresalen del alineamiento natural de los muros y dispuestos en una secuencia que reproduce los encabezamientos de materia de la bibliografía clásica: *Jurisconsulti*, *Medici*, *Historici*, y así sucesivamente. Los estudiantes, dispersos por la sala, están absortos en la lectura, los libros colocados sobre soportes de madera ensamblados a la estantería a la altura del hombro. Todos los jóvenes están de pie, visten una capa gruesa y un gorro para abrigarse del frío, descansan un pie sobre la barra de apoyo para aliviar la presión del peso del cuerpo. Leer no fue una actividad placentera en la edad del humanismo clásico. En imágenes que datan de siglo y medio antes «*La lecture*» y «*La liseuse*» de Fragonard, por ejemplo, los lectores se reclinan cómodamente sobre sus meridianas, o bien sobre sillas mecedoras acojinadas mientras reposan los pies sobre un escabel. Los lectores son a menudo mujeres, ataviadas con batas holgadas conocidas en la época como liseuses. Por lo general, acarician entre las manos un delicado tomo en dozavo y tienen la mirada perdida. Entre Fragonard y Monet, también autor de una «liseuse» la lectura se desplazó del saloncito íntimo de las señoras al aire libre. El lector atiborra con libros paisajes de campos y cumbres, escenarios entre los que puede, como Rousseau o como Heine, sentirse en comunión con la naturaleza. La Madre Naturaleza debió lucir un semblante desencajado unas cuantas generaciones más tarde, cuando los jóvenes tenientes educados en Göttingen y en Oxford leían en las trincheras de la primera Guerra Mundial los esbeltos tomos de poesía para los que habían encontra-

do un rinconcito en sus mochilas militares. Uno de los libros que más aprecio de mi pequeña colección es un ejemplar de Hölderlin, *Hymnen an die Ideale der Menschheit*, con la inscripción: «Adolf Noelle, enero de 1916, nord-Frankreich», obsequio de un amigo alemán obstinado en dilucidar el enigma de Alemania. Todavía no estoy muy seguro de entender, pero creo que una cabal comprensión de la lectura ganaría mucho si enseñáramos con mayor ahínco todo lo que sabemos sobre su iconografía y sus aprestos, incluidos el mobiliario y el vestuario.

Naturalmente, el historiador no debe interpretar esas pinturas al pie de la letra ni presumir que representan los escenarios y las posturas que solía elegir la gente para leer. Pero la pintura hace aparecer las presunciones invisibles, es decir, lo que la gente aceptaba que debería ser la lectura o la atmósfera en la que debería transcurrir. Es indudable que en su cuadro *A Father Reading the Bible to his Children* (Un padre leyendo la Biblia a sus hijos), Greuze le dio un tono sensiblero a la lectura colectiva. Restif de la Bretonne hizo probablemente lo propio en las lecturas familiares de la Biblia que describe en *La vie de mon père*: «No puedo recordar sin enternecerme el arrobo con el que escuchábamos su lectura ni los sentimientos de hermandad y de nobleza que se apoderaban de nuestra numerosa familia (en la que incluyo a los sirvientes domésticos). Mi padre solía dar inicio a su lectura de la *Biblia* con las siguientes palabras: «Niños míos, preparen su alma; el Espíritu Santo está a punto de dirigirles la palabra».

Pero justamente por su sensiblería esas descripciones revelan una creencia universalmente compartida: para la gente común y corriente de los orígenes de la Europa moderna, la lectura era una actividad social: transcurría en talleres de artesanos, en graneros, en tabernas. Leer era un acto oral y no por obligación edificante. Así por ejemplo, un labrador evoca la lectura de una hostería del campo, según esta versión ribeteada con tonos rosáceos y compuesta por Christian Shubart en 1786:

Und bricht die Abendzeit,  
So trink ich halt mein Schöppl Wein;  
Da liest der Herr Schulmesister mir  
Was Neuses aus der Zeitung für.

(Cuando ya no hay sino noche a mi alrededor,  
bebo como de costumbre un buen vaso de vino;  
el profesor de la escuela suele leer para mí  
una nueva al azar de las que cuentan los diarios.)

La institución más importante de la lectura popular bajo el Antiguo Régimen era una reunión alrededor de la fogata conocida en Francia como *veillée*, y

como el *Spinnstube* en Alemania. Hacia la noche, mientras los niños retozaban, las mujeres tejían y los hombres reparaban sus herramientas, cualquier persona medianamente instruida en descifrar un texto hacía las delicias de los presentes con las aventuras de *Les quatre fils Aymon*, *Till Eulenspiegel*, o cualquier otro libro favorito de la económica colección de populibros de aventuras. Algunas de estas rudimentarias ediciones de bolsillo pedían ser leídas con el sentido del oído o por lo menos eso sugieren al empezar con frases del tipo de: «La historia que usted está a punto de escuchar...» En el siglo XIX, los grupos de artesanos, sobre todo fabricantes de cigarros y sastres, solían turnarse a intervalos regulares para leer o empleaban a una persona para que leyera en voz alta mientras el resto trabajaba. En nuestros días mucha gente se entera todavía de las noticias porque una persona lee en voz alta por medio de una transmisión televisada. Quizá la televisión de nuestra época no represente esa suerte de ruptura radical con el pasado que generalmente se pretende. Sea como fuere, lo cierto es que para la mayoría de la gente en el curso de la historia era evidente que los libros disponían más de auditorios que de lectores. Los libros se prestaban más para ser escuchados que para ser leídos.

Para la minoría de las personas educadas que podían darse el lujo de adquirir libros, la lectura era una experiencia privada. Pero en lugar de comprar libros, la mayoría de los miembros de la élite se afiliaban a clubes de lectura, *cabinets littéraires* o *Lesegesellschaften*, en los que podían leer casi todo lo que querían, en una atmósfera social apropiada y a cambio de una módica cuota mensual. François Parent-Lardeur ha investigado el fenómeno de la proliferación de estos clubes de lectura en París durante la Restauración, pero en realidad se remontan al siglo XVIII. Para convertir prácticamente a cualquier librería en un club de lectores sólo se necesitaba una buena iluminación, algunos sillones mullidos, unos cuantos cuadros para decorar los muros y suscripciones a media docena de periódicos. P.J. Bernard, un pequeño librero de la localidad de Lunéville, anunciaba sus servicios en la prensa en los siguientes términos: «Una casa amplia, cómoda, bien iluminada y con buena calefacción, que abrirá todos los días de las nueve de la mañana al mediodía, y de la una de la tarde hasta las 10 de la noche, pondrá a disposición de sus afiliados 2 000 volúmenes, y sus libros en existencia aumentarán a razón de 400 títulos al año... Una habitación de la planta baja y otra en el segundo piso estarán reservadas para conversar; el resto de las habitaciones quedarán a disposición de los lectores de periódicos y de libros». Hacia noviembre de 1779, los clubes de lectura tenían 200 miembros, en su mayoría oficiales de la *gendarmérie* local. Por la módica cantidad de tres libras al año, los miembros tenían a su disposición 5 000 libros, 13 publicaciones periódicas y acogedoras habitaciones para cultivar la vida social.

En opinión de Otto Dann, los clubes alemanes de lectura pusieron los cimientos sociales para que reverdeciera durante el siglo XVII una variedad dis-

tinta de lo que la burguesía consideraba cultura. Estos clubes brotaron a una velocidad asombrosa, particularmente en las ciudades del norte. Martin Welke estima como probable que uno de cada 500 adultos alemanes perteneciera a un *Lesegesellschaft* hacia el año de 1800. Marlies Prüsener identificó con claridad a más de 400 miembros de los clubes de lectores y pudo formarse una idea aproximada de sus temas de lectura. Los afiliados disponían de un surtido básico de publicaciones periódicas, complementado por una colección heterogénea de libros, habitualmente sobre temas de historia y política ponderados con imparcialidad. Se me antoja que estos clubes de lectura pueden haber sido una versión más formal del café, una institución clave de la lectura que se difundió por toda Alemania desde fines del siglo XVII. Hacia 1760, Viena tenía por lo menos 60 cafés. A los parroquianos se les ofrecían periódicos, revistas e infinitas ocasiones propicias para discutir de política, como sucedió durante más de un siglo en los cafés de Londres y de Amsterdam.

Se diría que conocemos una gran cantidad de pormenores sobre los fundamentos institucionales de la lectura. Disponemos de algunas respuestas para las preguntas «quién», «qué», «dónde» y «cuándo». Pero aún nos eluden las respuestas a los «porqués» y los «cómos». No hemos trazado una estrategia para comprender mejor los procesos internos por medio de los cuales los lectores atribuían significados a las palabras. Ni siquiera entendemos bien a bien nuestros propios modos de leer, muy a pesar de los empeños de psicólogos y de neurólogos para investigar los movimientos del ojo humano y para trazar un mapa de los hemisferios del cerebro. ¿Difiere el proceso cognoscitivo de los chinos, que leen una escritura ideográfica, del de los hombres occidentales, que descifran líneas? ¿Es idéntico en los israelíes, que leen palabras sin vocales de derecha a izquierda, que en los ciegos, que transmiten estímulos mediante las yemas de los dedos? ¿Es similar en los naturales del Sudeste Asiático, cuyas lenguas carecen de tiempos del verbo y ordenan la realidad en una dimensión espacial, que en los indios del continente americano, cuyas lenguas han sido convertidas a una forma de escritura sólo muy recientemente y por académicos ajenos a esas comunidades? ¿Es lo mismo para el hombre religioso, que se siente en presencia de la Palabra, que para el especialista en diseñar etiquetas de consumo para un supermercado?

Las diferencias se antojan infinitas, puesto que la lectura no es solamente una destreza, sino un modo de atribuir significados, lo que seguramente varía de cultura a cultura. Sería disparatado alimentar la esperanza de dar con una fórmula capaz de explicar todas estas variantes. Pero debiera ser posible elaborar una manera de estudiar los cambios en la lectura, al menos en el ámbito de nuestra propia cultura. Me gustaría proponer a continuación cinco aproximaciones a este problema.

En primer término, creo posible averiguar un poco más sobre los paradigmas de perfección y las presunciones del pasado acerca de las claves del acto de

leer. Podríamos estudiar las representaciones de la lectura en la literatura contemporánea en autobiografías, textos polémicos, cartas, pinturas y todo género de impresos con el propósito de descubrir algunas nociones básicas sobre lo que la gente común y corriente creía que sucedía al leer un libro. Recordemos por ejemplo la gran controversia sobre el delirio por la lectura en la Alemania de fines del siglo XVIII. Las opiniones que lamentaron el *Lesewut* no se limitaron simplemente a desaprobar su influencia sobre la moral íntima y la política. Temían que la lectura fuese perjudicial también para la salud pública. En un opúsculo editado en 1795, J.G. Heinzmann enlistó los padecimientos físicos que acarrea una lectura inmoderada: «susceptibilidad a pescar resfríos, dolores de cabeza, debilitamiento de los ojos, salpullido, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, dolencias pulmonares, indigestión, estreñimiento, trastornos nerviosos, migrañas, hipocondría y melancolía». Con un enfoque más positivo en el debate, Johann Adam Bergk aceptó las premisas de sus adversarios pero difirió de sus conclusiones. Admitió como un principio de verdad que no es aconsejable leer después de comer ni de pie. Pero si el cuerpo llega a encontrar una postura correcta, la lectura podría convertirse en una fuerza del bien. El «arte de la lectura» comportaba lavarse la cara con agua helada, dar paseos al aire libre y practicar complejos ejercicios de concentración y de meditación.

Nadie puso jamás en duda el desgaste físico que comporta la lectura, por la sencilla razón de que nadie trazó una clara distinción entre el universo moral y el estrictamente corporal de la lectura. Durante los siglos XVIII y XIX, los lectores procuraron «digerir» libros, embeberse en su lectura con todo su ser en cuerpo y alma. Un puñado de radicales entendió al pie de la letra la invitación a «digerir» libros; fue el caso de una mujer de Hampshire, Inglaterra, que «devoró el Nuevo Testamento, día tras día, página tras página, emparedado entre dos rebanadas de pan con mantequilla, como remedio para sanar». Con más frecuencia, la noción de devorar libros adquirió la forma de un ejercicio espiritual, de cuya preocupación por los apetitos físicos de la lectura aún quedan indicios en ejemplares que sobrevivieron. Los tomos de la biblioteca de Samuel Johnson, en la actualidad propiedad de la señora Donald F. Hyde, están retorcidos y mordisqueados, como si el devorador hubiese forcejeado con tapas y folios para saciar su gula.

Durante los siglos XVI y XVII predominó la concepción de la lectura como ejercicio espiritual. ¿Pero cómo se ejerció ese tipo de lectura? Un historiador podría buscar algún norte en los libros de ritos sacramentales de los jesuitas y en los tratados de hermenéutica de los protestantes. Las lecturas en familia de la *Biblia* se llevaban a cabo por igual en ambos lados de la gran línea divisoria religiosa. Y como pone de manifiesto el ejemplo de Restif de la Bretonne, la gente solía acercarse a la *Biblia* con admiración temerosa, incluidos algunos campesinos católicos. Naturalmente, Bocaccio, Castiglione, Cervantes,

Erasmus o Rabelais supieron crear otros usos para la capacidad de la lectura de la élite. Pero para la mayoría de la gente, la lectura siguió siendo un quehacer sagrado. Leer era estar en presencia de la Palabra y era por añadidura una revelación de misterios sagrados. Parece razonable afirmar, al menos como hipótesis de trabajo, que mientras más retrocedemos en el tiempo más nos alejamos del tipo de lectura instrumental de nuestros días. No sólo quiero decir que al volver lo ojos al pasado los libros que enseñan «cómo hacerlo usted mismo» se vuelven cada vez más escasos y que abundan los libros religiosos, sino que el propio acto de leer es diferente. En la época de Lutero y de Loyola, la lectura era el pórtico de entrada a la verdad absoluta.

En un ámbito más terrenal, acaso sería plausible indagar las presunciones que subyacen a la lectura con sólo examinar los avisos de ocasión y los folletos publicitarios de la venta de libros. Enseguida reproduzco algunas observaciones representativas entresacadas de un opúsculo del siglo XVIII, elegido al azar entre la riquísima colección que conserva la biblioteca de Newberry: un comerciante en libros pone a la venta una edición en cuarto de los *Commentaires sur la coutume d'Angoumois*, una obra espléndida, insiste el propietario, tanto por su calidad tipográfica como por su contenido: «Para la impresión del texto del *Coutume* se usaron tipos *gros-romain*; para los sumarios que preceden a los comentarios se prefirieron tipos *cícero*, y para los comentarios se eligieron tipos *Saint-Agustin*. El conjunto de la obra está editada sobre un muy hermoso papel fabricado en Angoulême». A ningún editor de nuestros días se le ocurriría siquiera mencionar la calidad del papel o la tipografía al anunciar un libro de derecho. Como se colige de los avisos del siglo XVIII, los editores daban por sentado que sus clientes tomaban muy en cuenta la calidad en la confección y los acabados de los libros. Compradores y vendedores compartían por igual una conciencia tipográfica que se halla a punto de extinguirse en nuestra época.

Los dictámenes de los censores pueden ocasionalmente ser muy reveladores, al menos en el caso de los libros editados en los orígenes de la Francia moderna; el censor francés no era muy competente, pero se beneficiaba de la notable tradición del oficio. Un libro común y corriente de viajes, *Nouveau voyage aux isles de l'Amérique* (París, 1722), de J.B. Labat, contiene cuatro «aprobaciones» reproducidas íntegramente junto al *privilège*. Un censor explica que el manuscrito despertó su curiosidad: «Es difícil iniciar la lectura sin sentir esa leve pero ávida curiosidad que nos incita a seguir adelante». Otro de los censores recomienda la obra «por su estilo llano y conciso» y también porque se trata de una lectura provechosa: «En mi opinión, nada resultará tan útil a los viajeros, a los habitantes de los lugares descritos, a los comerciantes, y a los estudiosos de la historia natural». A un tercer censor le pareció, a secas, una buena lectura: «hallé un gran placer en la lectura. Contiene un sinnúmero de curiosidades». Los censores no cazaban como sabuesos a

heréticos y revolucionarios, como solemos suponer al volver la mirada hacia otras eras del pasado como la Inquisición y la Ilustración. Los censores otorgaban el sello real de aprobación a una obra, y al hacerlo daban también algunas claves de lectura. Sus valoraciones constituían un criterio oficial de autoridad que era a su vez referencia obligada para otras lecturas comunes y corrientes.

¿Y cómo leía un lector común y corriente? Mi segunda sugerencia para acometer el problema de la lectura atañe al estudio de los modos en que se aprende a leer. Al estudiar la alfabetización en Inglaterra del siglo XVII, Margaret Spufford llegó a la conclusión de que las tareas del aprendizaje transcurrían en gran medida fuera del salón de clase, en tabernas y en campos de labor, donde los labradores o bien aprendían a leer de modo autodidacto o bien se enseñaban entre sí. En el ámbito de la escuela, los niños de Inglaterra aprendían primero a leer y luego a escribir, en vez de adquirir ambas destrezas de manera simultánea, como sucede en nuestros días. Con mucha frecuencia, los niños se incorporaban a la fuerza de trabajo antes de cumplir los siete años, es decir, cuando estaba por iniciarse su instrucción en la escritura. De tal manera que las buenas estadísticas basadas en la destreza para escribir podían ser muy inferiores, mientras que los cálculos sobre el público lector en realidad podrían haber incluido a bastante gente que ni siquiera sabía escribir su nombre. Esta disparidad entre los procesos de aprender a leer y a escribir es incluso mucho más pronunciada en países como Suecia, donde los archivos tienen información lo suficientemente rica como para elaborar estadísticas confiables. Hacia 1770, según Egil Johansson, la sociedad sueca estaba casi por completo alfabetizada. Los registros de la Iglesia confirman que entre el 80 y el 95% de la población sabía leer, y aun contestar satisfactoriamente a preguntas sobre el significado de algún pasaje de una obra religiosa. Con todo, únicamente el 20% sabía escribir y sólo una porción minoritaria había pisado alguna vez la escuela. En Suecia, noté, se había realizado una vasta campaña de alfabetización casa por casa, sin la colaboración de profesores profesionales, en atención a una ley expedida por la Iglesia en 1686, que mandaba que todos los habitantes sin excepción, y particularmente niños, labradores de campo y sirvientes domésticos, deberán «aprender a ver y a leer con sus propios ojos (verbigracia: ser capaces de comprender) los designios de Dios y los mandamientos que dicta en su Sagrada Palabra».

Por supuesto, para la gente de aquellos días «leer» tenía un significado completamente diferente del que puede tener en nuestros días y, a su vez, la noción de lectura en el norte protestante difería de la que terminó por arraigar en el sur católico. En los orígenes de la Francia moderna, los niños debían aprender de manera consecutiva sus «tres erres»: primero a leer, enseguida a escribir y al final su aritmética. Sus silabarios —típicos ABC como el *Croix de Jesus* y el *Croix de par dieu*— solían empezar, como las cartillas modernas,

por el alfabeto. Pero cada letra del abecedario tenía un sonido diferente. El párvulo pronunciaba una vocal llana antes de cada consonante, de modo que la *p* sonaba como *eh-p*, en lugar de *pé*, que se pronuncia en la actualidad. Al decir en voz alta una palabra, la fonética de las letras no embonaba de modo consecutivo para formar combinaciones distinguibles por el oído, como sucede habitualmente con las sílabas de una palabra. De modo que al pronunciar *p-a-t*, en *Páter Nóster*, sonaba como *ehp-ah-eh-t*. Pero los intrínquilos fonéticos importaban en realidad bien poco, porque las letras querían ser meros estímulos visuales para despertar la evocación de un texto previamente memorizado –por cierto, un texto siempre en latín. Todo el sistema de educación descansaba sobre el supuesto de que al aprender a leer, los niños franceses jamás deberían empezar por un texto francés. Los párvulos pasaban directamente del alfabeto al aprendizaje en sílabas breves y enseguida a oraciones como el *Páter Nóster* y el *Ave María*, el *Credo* y el *Benedicite*. Concluido el aprendizaje de estas plegarias de todos los días, los niños se internaban a continuación en los responsos litúrgicos recopilados en los populibros. Al concluir este ciclo, muchos niños abandonaban la escuela. Habían adquirido suficiente destreza con la palabra impresa como para cumplir aceptablemente con las tareas que la Iglesia les encomendaba –es decir, colaborar con los ritos eclesiásticos. Pero a esas alturas, los niños franceses no habían leído un solo texto en una lengua que realmente les fuese dable comprender.

Algunos niños –ignoro cuántos, quizá una minoría en el siglo XVII y acaso una mayoría en el siglo XVIII– permanecían en la escuela durante un lapso suficiente como para aprender a leer en francés. Pero incluso en ese caso, leer era a menudo maña para reconocer un texto previamente memorizado, más que un aprendizaje que añadía nuevos conocimientos a la formación de los escolares. Prácticamente todas las escuelas estaban bajo la dirección de la Iglesia, y casi todos los libros de texto eran obras pías, como el *Ecole paroissiale*, de Jacques Batencour. A principios del siglo XVIII, los Frères des Écoles Chrétiennes dieron el mismo libro de texto a diversos discípulos y les enseñaron en grupo –el primer paso rumbo a la uniformidad de la enseñanza, que habría de convertirse en la norma universalmente aceptada al cabo de un siglo. Al mismo tiempo, un puñado de tutores empezaron a enseñar a leer a los hijos de los aristócratas directamente en francés. Estos tutores elaboraron técnicas fonéticas y se auxiliaron para enseñar de medios audiovisuales, como el proyector de imágenes creado por el abate Berthaud y el *bureau typographic* de Louis Dumas. Hacia 1789, el ejemplo se había propagado inicialmente a algunas escuelas progresistas. Pero para la gran mayoría de los niños, saber leer quería decir recitar de corrido, de pie ante el profesor, un pasaje de algún texto que hubiese caído en sus manos, mientras en los pupitres del fondo un puñado de niños se disputaban encarnizadamente una colección de folletos multicolores. Algunos de estos «libros escolares» reaparecían por la noche

durante la *veillée*, porque se trataba de ediciones populares que figuraban entre los libros más vendidos de la *bibliothèque bleue*. De modo que la lectura al calor de la chimenea tenía muchas afinidades con la lectura del salón de clase: ambas consistían en la recitación de un texto previamente conocido. En lugar de constituirse en una revelación sobre perspectivas ilimitadas e ideas novedosas, probablemente la lectura se circunscribía a un ámbito restringido, precisamente el círculo selecto en el que la Iglesia postridentina deseaba mantener la lectura. «Probablemente» es el adverbio que rige esta proposición. Sólo podemos tejer conjeturas sobre la naturaleza de la pedagogía en sus orígenes modernos, mediante la lectura de los pocos silabarios y los de todavía más raros libros de memorias de la época que aún se conservan. Seguimos sin saber a ciencia cierta qué sucedía dentro del salón de clase. Pero sea como fuere, los labradores del campo, libroescuchas, podrían haber construido tanto su catecismo como sus narraciones de aventuras de modos cuya comprensión nos excede por completo.

Si la experiencia de lectura de la gran masa de lectores rebasa al investigador, los historiadores deberían ser capaces de capturar al menos indicios de lo que leer significaba para ese puñado de personas que dejaron por escrito sus experiencias como lectores. Una tercera aproximación a la historia de la lectura consistiría en repasar las autobiografías célebres —las de San Agustín, Santa Teresa de Ávila, Montaigne, Rousseau y Stendhal, por ejemplo— para continuar enseguida con el examen de fuentes menos conocidas. J. M. Goulemont se apoyó en la autobiografía de Jamery-Duval para mostrar cómo un campesino que sabía leer y escribir podía ascender fulgurantemente desde la tropa hasta la oficialidad del ejército durante el Antiguo Régimen, y Daniel Roche descubrió a un vidriero del siglo XVIII Jacques-Louis Ménétra, que se abrió camino con la lectura durante el itinerario de una clásica vuelta a Francia. Aunque no llevaba muchos libros en su equipaje, Ménétra intercambiaba continuamente correspondencia con otros compañeros de ruta y con algunas de sus enamoradas. Dilapidó incontables pliegos sueltos en ejecuciones públicas, e incluso compuso versos burlescos para las ceremonias y farsas que puso en escena con otros trabajadores. Ménétra contó la historia de su vida según los cánones narrativos y el mejor estilo de la picaresca; combinó por igual la tradición oral (cuentos populares y versiones estilizadas de las discusiones bizantinas entre estudiantes) con géneros de la literatura popular (las novelas cortas de la *bibliothèque bleue*. A diferencia de otros autores plebeyos —Restif, Mercier, Rousseau, Diderot y Marmontel— jamás ganó presencia en la República de las Letras. Ménétra mostró con creces que las cartas ocupaban por derecho propio un lugar prominente en la cultura del lector común y corriente.

El sitio del género epistolar podría haber sido marginal, pero los márgenes proporcionan por sí solos pistas sobre las experiencias de lectura entre lecto-

res comunes y corrientes. En el siglo XVI, los comentarios al margen de un escrito solían editarse en forma de glosas, que introducían y guiaban al lector en su recorrido por los textos humanistas. En el siglo XVIII, la glosa cedió su sitio como género a la nota de pie de página. ¿Cómo se orientaba al lector en ese ir y venir entre el texto y el paratexto al pie de la página? Gibbon creó una distancia irónica mediante un despliegue magistral de notas a pie de página. Un examen cuidadoso de ejemplares anotados del siglo XVIII de *Decadencia y ruina del Imperio Romano* podría revelar la manera en que percibían esa distancia sus contemporáneos. Por ejemplo, John Adams llenó totalmente sus libros de garabatos. Observando sus reacciones a través de su abigarrado ejemplar del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau, el historiador puede percatarse de lo que pensaba de la filosofía radical de la Ilustración de un revolucionario retirado en el clima apacible y sedante de Quincy, Massachusetts. A continuación, un pasaje de Rousseau en la versión de la primera edición en inglés:

En este estado (el estado de la naturaleza) no había ninguna clase de relación moral entre los hombres; no podían ser ni buenos ni malos, ni tener vicios ni virtudes. Lo más apropiado, por tanto, sería reservarse cualquier veredicto sobre su situación... al menos hasta que hayamos examinado si entre los hombres civilizados predominan las virtudes o los vicios.

Y enseguida los comentarios de Adams al margen:

Maravilla tras maravilla. Paradoja tras paradoja. ¡Qué perspicacia tan sorprendente la del señor Rousseau! A pesar de todo, esta grandilocuencia con pretensiones de originalidad ha despertado en los hombres un rechazo hacia la superstición y la tiranía.

En los apuntes marginales de Prosper Marchand, bibliófilo de Leyden en el siglo XVIII, Christiane Berkvens-Stevelinck halló un excelente mirador para contemplar la República de las Letras y trazar su mapa. Otros académicos han ensayado una cartografía de las grandes corrientes de la historia literaria con el método de releer los grandes libros con los ojos que los leyeron los grandes escritores, sirviéndose de los comentarios al margen en ejemplares de colección, como por ejemplo el ejemplar de Diderot de la *Encyclopédie* o el ejemplar de Melville de los ensayos de Emerson. Pero la pesquisa no tendría por qué limitarse a los grandes libros ni exclusivamente a los libros. Peter Burke examina actualmente el *graffiti* de la Italia del Renacimiento. Cuando alguien garrapatea una inscripción anónima en la puerta de un enemigo, el *graffiti* actúa como un insulto ritual, que delinea los contornos del conflicto social que dividen a las comunidades de las castas. Cuando alguien fija ofensas seme-

jantes en la célebre estatua de Pasquino en Roma, estos garabatos públicos modulan el tono de una rica e intensa cultura de la calle. Una historia de la lectura tendría acaso que ser capaz de adelantar a pasos agigantados de la Pasquinada y la Comedia dell'Arte a Molière y de Molière a Rousseau, y de Rousseau a Robespierre.

Mi cuarta sugerencia compete a las teorías literarias. Admito de antemano que podría parecer intimidatoria, particularmente para el villamelón. Esta recomendación viene envuelta en etiquetas grandilocuentes: estructuralismo, deconstrucción, hermenéutica, semiótica, fenomenología, y pasa tan rápidamente como viene porque las escuelas de pensamiento se suceden a un ritmo de vértigo que deja perplejo al historiador. Sin embargo, estas tendencias comparten por igual una inquietud que podría facilitar la de colaboración entre críticos literarios e historiadores del libro: el interés unánime en la experiencia de la lectura. Sea que terminen por desenterrar estructuras profundas o por demoler sistemas completos de signos, de un tiempo a esta parte los críticos tratan a la literatura como un cuerpo establecido de textos. Suelen hacer hincapié en que el significado de una obra literaria no está fijo en sus páginas: es una atribución de los lectores. De modo que la respuesta del lector a la obra ha terminado por convertirse en el tema clave alrededor del cual teje sus conjeturas el análisis literario.

La respuesta del lector a la obra ha producido en Alemania un renacimiento de la historia literaria como Rezeptionsästetik, bajo la dirección de Hans Robert Jauss y de Wolfgang Iser. En Francia, esta escuela crítica ha tomado un sesgo filosófico en las obras de Roland Barthes, Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov, Georges Poulet. En Estados Unidos se halla todavía en ciernes: Wayne Booth, Paul de Man, Jonathan Culler, Geoffrey Hartman, J. Hiláis Miller y Stanley Fish han añadido sus ingredientes para una teoría general, pero sus debates no han llegado a ningún consenso. Sin embargo, el conjunto de esta reflexión crítica anuncia una nueva textología, y todos los críticos comparten un estilo de trabajo al interpretar textos literarios.

Medítese, por ejemplo, en el análisis literario de Walter Ong sobre las primeras líneas de *Adiós a las armas*:

Pasamos el fin de verano de aquel año en la casa de un pueblo con una vista que cruzaba sobre el río y el llano y se perdía en las montañas. En el fondo del río había cristales de roca y pedrejones, reseca y blanqueados por el sol, y el agua transparente del río se deslizaba con fuerza y se tornaba azul en los lechos.

Ong se pregunta ¿cuál año?, ¿cuál río? Hemingway omite las referencias precisas. Al usar de modo más bien heterodoxo el artículo definido –«el río», en un lugar de «un río»– y soltar algunos cuantos adjetivos para fintar al lector, Hemingway daría a entender que la descripción puede prescindir de los por-

menores. Una simple alusión parece más que suficiente, porque es como si el narrador tuviese la certeza de que el lector estuvo allí antes. De hecho se dirige al lector en el tono de charla que reservamos para el confidente o el compañero de aventuras: basta mencionar incidentalmente un detalle para despertar la evocación del sol que caía a plomo, del sabor acre del vino, del hedor de los cadáveres en Italia durante la primera Guerra Mundial. Si el lector pone algún pero —y un crítico anticipa muchas objeciones del tipo de «soy una abuela de 60 años y no sé nada sobre los ríos de Italia»—, sencillamente no podrá «aprehender el libro». Pero si acepta el papel que le asigna esa retórica literaria, su ser exaltado a la ficción podría acrecentarse hasta alcanzar las dimensiones del protagonista de Hemingway, y podría también internarse en la lectura como el compañero de aventuras del personaje en armas.

La retórica literaria del siglo XIX procedía justamente a la inversa. Presuponía que el lector no tenía la menor idea sobre la historia que se le iba a contar y era por tanto necesario orientarlo con pasajes ricos en descripciones o con reflexiones introductorias. Enseguida, y a manera de ejemplo, el principio de *Orgullo y prejuicio*:

Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero y acomodado debe necesitar una mujer. Así que en cuanto aparece por cualquier parte un hombre con estas características, por virtud de esa verdad tan profundamente arraigada las buenas familias lo consideran enseguida como legítima propiedad de alguna de sus hijas, y a nadie le preocupa siquiera averiguar los planes y opiniones del caballero sobre el particular.

—Mi querido Bennett —le decía cierto día su esposa a su propio marido—, ¿te enteraste de que por fin se alquiló la residencia de Netherfield Park?

Este estilo de narración va de lo general a lo particular, como en una toma de *zoom* en que la cámara, emplazada originalmente en un ángulo de visión muy amplio, se acerca rápidamente para una toma en *close-up*. Coloca el artículo indefinido primero y acto seguido aproxima al lector paulatinamente. Pero lo mantiene siempre a distancia, porque el autor da por sentado que el lector llegará a la historia como un extraño que suele leer por amor a la instrucción o al entrenamiento o a cualquier otro elevado propósito moral. Como en el caso de la novela de Hemingway, el lector debe actuar su papel para que la retórica literaria obre su artificio; pero este papel es por completo diferente.

Los escritores se las han ingeniado de mil y una maneras para despertar el interés de los lectores en la historia que se preparan a contar. Una vasta distancia separa al «Call me Ishmael» de Melville de la plegaria en la que Milton implora al cielo que ilumine su prédica «and justify the ways of God to men» («y el camino de Dios muestre a los hombres»). (Pero cada estilo narrativo

presupone a un lector, y cada lectura se inicia con un protocolo inscrito dentro del texto. Sólo que el texto podría cincelarse a sí mismo hasta cobrar una forma originalmente insospechada, o el absorto lector podría derivar en sentido contrario a las intenciones del autor o atribuirle significados impredecibles a palabras familiares: de estas fuentes provienen las infinitas posibilidades de interpretación de la escuela crítica de la deconstrucción, así como las lecturas que han transfigurado con su originalidad la historia cultural: la lectura de Rousseau de *Le Misanthrope* o la lectura de *Kierkegaard del Génesis 22*, por citar un par de ejemplos. Al fin y al cabo e independientemente de lo que piense cada quien sobre el tema, la lectura ha resurgido como el acto decisivo de la literatura.

Si es cierto que lo esencial es leer, acaso ha llegado el momento de establecer una conexión entre teoría literaria e historia de los libros. La teoría literaria podría revelar la gama de potenciales respuestas a un texto —es decir, a los artificios retóricos que dan dirección a la lectura sin predeterminarla. A su vez, la historia puede enseñarnos qué clase de lecturas se hicieron en realidad de ciertos libros— es decir, dentro de los límites de un cuerpo imperfecto de evidencias. Al atender a lo que dice el historiador, el crítico literario evitaría los riesgos del anacronismo, pues a menudo lo dejan a uno con la sensación de que deveras creen que los lectores ingleses del siglo XVII leían a Milton y a Bunyan con la actitud de un profesor universitario del siglo XX. Y al tomar en cuenta la retórica literaria, los historiadores podrían encontrar indicios sobre el comportamiento de los lectores que de otro modo resultan desconcertantes, como la pasión que despertaron ciertas novelas, de *Clarissa* a *La nueva Eloísa*, y de *Werther* a *René*. En suma, simpatizaría con una estrategia dual que combinara por igual el análisis textual con la investigación empírica. De esta manera debiera ser posible cotejar a los lectores implícitos de los textos con los genuinos lectores del pasado y, atando cabos a partir de exámenes de orden comparativo, elaborar tanto una historia como una teoría de la respuesta del lector a la obra.

Una historia de esas características ganaría en solidez si se incorpora un quinto método de análisis, sustentado en el estudio de la bibliografía analítica. Al examinar los libros como objetos físicos, los bibliógrafos han demostrado que la confección tipográfica de un texto solía inducir en gran medida el modo como era leído. Los ejemplos más sorprendentes de ese enlace entre tipografía y significado provienen de poemas barrocos como el que transcribo a continuación, de Gottfried Kleiner:

Frutos.  
Colmado de  
a la eternidad  
De aquí

Hasta que deba ir ,  
Oh, concédeme florecer  
Oh, haz que reverdezca,  
Surtidor que purifica.  
Tu sangre generosa,  
Que persevera en tu amor.  
y planta en mí la semilla,  
de mi corazón como morada,  
Tú, tesoro del alma, dispón  
¡Oh, llévame de mí y entrégame a ti!  
Sólo tú, mi JESÚS, ¡mi ornamento!  
No consientas a nadie más venir al mundo,  
Mi todo, en la tierra como en el cielo  
Mi cordero elegido de DIOS  
Mi prometido celestial, el más hermoso,  
Aureola de mi alma,  
Mi fortuna,  
Mi puerto,  
Mi refugio,  
Mi alimento,  
Mi salvación,  
Mi sendero,  
Mi rama,  
Mi reino,  
Mi árbol

Por su confección tipográfica en forma de árbol, el poeta invita al lector a invertir su modo habitual de acercarse a un texto y a leer de abajo hacia arriba, como si ascendiera al cielo. En el corazón del follaje del árbol, el lector encuentra la palabra «*Jesús*». A estas alturas el lector está de tal modo absorto en la retórica que la voz del poeta sustituye a su propia voz y le permite identificarse con su éxtasis. La lectura lo ha elevado a un estado de gracia en que se imagina invadido por el amor de Cristo. Crece dentro de su ser como una semilla. Hace que su vida florezca y rinda frutos en obras generosas, y al final lo guía para ascender al paraíso. Las metáforas de elevación, crecimiento y fecundidad sexual se nutren mutuamente y a su vez se alimentan por obra del efecto combinado de la métrica, que sube hasta alcanzar un crescendo en «*Jesús*» en la línea 15, y de la gramática, que eleva al lector como en vilo mediante una serie de cláusulas que culminan con el final de la oración en la misma línea crucial, donde el lector queda expuesto a la Palabra, y se salva.

Es realmente excepcional que la imprenta logre dar forma a un poema de modo tan acabado, pero cada texto tiene atributos que orientan la respuesta del lector a la obra. La confección tipográfica puede ser decisiva para el signi-

ficado de un libro. En un estudio admirable sobre Congreve, D.F. Mckensie explica cómo el teatro neoisabelino concupiscente que conocíamos por las ediciones en cuarto del siglo XVII, en su vejez experimentó un renacimiento tipográfico para resurgir como el majestuoso teatro neoclásico recogido en los tres volúmenes en octavo de las *Obras* de Congreve, publicadas en 1710. Entre una edición y otra apenas cambió alguna palabra, pero el novedoso diseño de los libros les dio a las obras un gusto completamente nuevo. Se añadieron divisiones de escenas, se reagrupó a los personajes, se resituaron de nuevo ciertas líneas y, recobrando *liaisons des scènes*, Congreve calzó sus antiguos textos en el modelo clásico importado de los escenarios franceses. Dejar el volumen en cuarto para tomar el volumen en octavo es como transitar de la Inglaterra isabelina a la Inglaterra georgiana.

Roger Chartier obtuvo conclusiones parecidas, aunque de índole sociológica, de la metamorfosis que experimentó el clásico español *Historia de la vida del buscón*, de Francisco de Quevedo. La novela estaba destinada a un público de gustos refinados, tanto en España donde se publicó por primera vez en 1626, como en Francia donde se reeditó en una espléndida traducción en 1633. Pero sucedió que las editoriales Oudot y Garnier, de Troyes, emprendieron a mediados del siglo XVII la publicación de una colección económica de libros de bolsillo, que sería luego el sustento del repertorio de literatura popular conocido durante doscientos años como la *bibliothèque bleue*. Los editores no vacilaron en enmendar el texto de *El buscón*, pero se concentraron primordialmente en el diseño de la colección, o en lo que Chartier denomina la «*mise en livre*». Con ese propósito desmembraron la narración en episodios sueltos, abreviaron las oraciones, subdividieron los párrafos y multiplicaron el número de capítulos. La nueva confección tipográfica comportaba un tipo diferente de lectura y un nuevo público: gente humilde sin la capacidad ni el tiempo libre como para permanecer absorta en prolijos tractos narrativos. Los episodios eran breves y autónomos. Era innecesario unirlos a subtemas o a un complejo desarrollo de personajes porque ofrecían por sí mismos material de lectura suficiente como para una *veillée*. En resumidas cuentas el libro dejó de ser una narración continua para convertirse en una colección de fragmentos episódicos, un modelo para armarse al antojo de cada libro-escucha. Sigue siendo un misterio cómo se produjo exactamente esta «apropiación», porque Chartier limita su análisis al libro como objeto físico. Pero Chartier enseña cómo la confección tipográfica abre inopinadamente hacia la sociología, cómo el lector imaginario del autor se convierte a la sazón en el lector imaginario del editor, descendiendo por la escala social del Antiguo Régimen hasta el submundo que sería reconocido en el siglo XIX como «*le grand public*».

Unos cuantos bibliógrafos temerarios e historiadores del libro han adelantado un puñado de conjeturas sobre las corrientes de largo aliento en la historia

del libro. Especulan que los lectores han respondido más a la confección física de los textos que a su medio ambiente social. De modo que tal vez sería posible aprender un poco más sobre la historia remota de la lectura si se pone en práctica una suerte de arqueología textual. Puesto que no nos es dable saber con certeza cómo leían los romanos a Ovidio, al menos tenemos derecho a suponer que el verso, como la mayoría de las inscripciones romanas, no tenía puntuación ni división en párrafos ni espacios entre cada palabra. Las unidades de sonido y de significado probablemente se parecían más a los de la palabra oral que a las unidades tipográficas –los signos, palabras y líneas– de la página impresa. La propia página como unidad del libro data apenas del siglo tercero o cuarto a. de C. Antes de esa fecha, para leer un libro había que desenrollarlo. Una vez que las páginas ensambladas (el códice) reemplazaron al rollo de escritura (el volumen), a los lectores se les facilitó regresar o adelantar entre las páginas del libro, y los textos fueron separados en segmentos que a su vez fueron divididos en líneas e indexados. A pesar de todo, mucho tiempo después de que los libros adquirieron su forma moderna, la lectura siguió siendo una experiencia oral, ejercida en público. En un momento y un lugar imprecisos, quizá en algunos monasterios alrededor del siglo VII, e indudablemente en las universidades del siglo XIII, los hombres adquirieron el hábito de leer en silencio y a solas. El abandono de la lectura en voz alta y en público podría haber comportado un acomodo mental de mayor trascendencia que el advenimiento de la palabra impresa, porque en virtud de este vuelco la lectura se convirtió en una experiencia interior, individual.

Apenas es necesario decir que la imprenta trajo muchas innovaciones, pero fue con seguridad un invento menos revolucionario de lo que suele creerse. Algunos libros tenían primeras páginas, lista de contenidos, índices, paginación y editores que se servían de legiones de calígrafos para engendrar múltiples ejemplares de una obra para un público ya amplio antes de la invención de los tipos móviles. Durante su primer siglo de existencia el libro siguió siendo una imitación del libro manuscrito. Ni duda cabe que fue leído de la misma manera y por el mismo público. Pero después del año 1500, el libro impreso, el folleto, el pliego suelto, el mapa y el cartel quedaron al alcance de nuevas clases de lectores y propiciaron diferentes tipos de lectura. Cada vez más uniforme en su diseño, más económico en su precio y mejor propagado por una amplia distribución, el nuevo libro transformó al mundo. Y no únicamente porque ofreció mayor información. Ofreció, más bien, un modo de comprender, una metáfora fundamental para darle sentido a la vida. Fue así como en el siglo XVI el hombre tomó posesión de la Palabra; en el siglo XVII, empezó a descifrar el «libro de la Naturaleza», y en el siglo XVIII, aprendió a leerse a sí mismo. Con ayuda de libros, Locke y Condillac examinaron la mente como una *tabula rasa*, y Franklin compuso su propio epitafio:

The body of  
B. Franklin, Printer,  
Like the Cover of an old Book,  
Its Contents torn out,  
And stript of its Lettering & Gilding  
Lies here, Food for Worms.  
But the Work shall not be lost;  
For it will, as he believ'd,  
Appear once more  
In a new and more elegant Edition  
Corrected and Improved  
By the author.

El cuerpo de  
B. Franklin, Impresor,  
Como las tapas de un viejo Libro,  
Su lista de contenidos terminó de deshojar,  
Y ya en privado de formar tipos y dorar cantos  
Yace aquí, festín para gusanos.  
Pero la Obra no se perderá;  
Porque algún día, como solía creer,  
Se reeditará otra vez  
En una nueva y más fina edición,  
Corregida y aumentada  
por el Autor.

Preferiría no extenuar más la metáfora, pues ya Franklin la ha hecho hasta el cansancio, sino volver más bien a un tema que tal vez escapó a nuestra atención. La lectura tiene una historia. No fue siempre y en todas partes idéntica. Sería factible concebir a la lectura como el proceso natural de buscar y recoger información dispersa entre los surcos lineales de una página; pero si meditamos con detenimiento, coincidiríamos en que es necesario cernir la información, reagruparla e interpretarla. Los esquemas de interpretación están insertos en determinadas configuraciones culturales, que por añadidura varían con el curso del tiempo. Como nuestros antepasados habitaron en mundos mentales diferentes de los nuestros, es plausible que hayan leído de diferente modo, y la historia de la lectura puede resultar tan compleja como la propia historia del pensamiento. Podría en efecto resultar tan compleja que las cinco recomendaciones que contiene este ensayo podrían extraviarnos por rumbos distintos o ponernos a dar vueltas de modo infinito alrededor del problema sin que lográsemos jamás internarnos en su esencia. No hay vías rápidas ni atajos, porque la lectura no es un quehacer transparente, como una

constitución o como un orden social a los que se puede seguir la huella en el curso del tiempo. La lectura es una actividad que comporta una relación peculiar –por una parte el lector, por la otra el texto. Aunque tanto lectores como textos se han modificado en concordancia con circunstancias sociales y adelantos tecnológicos, sería una pena rebajar la historia de la lectura a una mera cronología de esos cambios circunstanciales. Por el contrario, debiera trascenderlos para obligarlos a enfrentar el elemento correlativo que constituye la entraña de esta pregunta: ¿Cómo construyen textos diferentes las cambiantes comunidades de lectores?

Es una pregunta intrincada, pero muchas conclusiones dependen de su respuesta certera. Quizá sea útil recordar con cuánta frecuencia una lectura ha modificado el curso de la historia. La lectura de Lutero sobre Paulo, la de Marx sobre Hegel o la de Mao sobre Marx. Éstos son algunos de los temas de mayor relieve en un proceso a la vez más profundo y más vasto: el empeño sin fin del hombre por encontrarle un sentido a su mundo interno y al universo que lo circunda. Si nos fuese dable comprender cómo han leído otros hombres, nos acercáramos también al entendimiento cabal de cómo le dieron sentido a su vida, y de esa manera, con memoria de la historia, podríamos incluso satisfacer al menos un gajo de nuestra propia sed de sentido.

*Traducción de Arturo Acuña Borbolla*

Robert Darnton, «El lector como misterio»,  
*Fractal* n° 2, julio-septiembre; y 3, octubre-diciembre, 1996, año 1